



Adolescentes americanos en los años cincuenta

TIME LIFE PICTURES / GETTY IMAGES

Narrativa El autor, ensayista y traductor judío publica a los setenta años su primera obra, una historia de amor en los EE.UU. de los años 50 y 60

En un lugar real

Hillel Halkin
¡Melisande! ¿Qué son los sueños?
 Traducción de Vanesa Casanova

LIBROS DEL ASTEROIDE
 262 PÁGINAS
 18,95 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Un título en realidad desconcertante para la novela de un autor que hasta hoy nos era desconocido: *¡Melisande! ¿Qué son los sueños* (*Melisande! What are dreams?*, 2012) de Hillel Halkin (Nueva York, 1939). ¿Y quién es Hillel Halkin? ¿Qué parcela ocupa en el suelo de la narrativa norteamericana actual? ¿Por qué no nos resulta familiar su nombre de resonancias hebreas? Por supuesto que ni él es un fantasma cortaziano ni su libro, el primero y único de ficción que publicó en sus 73 años, es fruto de un sueño ni siquiera admitiendo que la historia pueda ser no tanto deudora de sus recuerdos como de la imaginación. Quizá es la extrañeza que de pronto nos causa una obra que llega a nosotros con un cierto halo de misterio, lo que nos la hace muy atractiva e impulsa a leerla.

La información nos aclara que Hillel Halkin, escritor judeonoramericano, reside en Israel desde 1970, es traductor del hebreo y del yiddish al inglés, y ha recibido distinciones por su brillante manera de ejercer el ensayo histórico (*Across the Sabbath River: In search of a lost Tribe of Israel*). Pero, ¿qué decir de su primera novela tardía? ¿Cuáles son los rasgos de su singularidad? Difícil resumirlos. En principio esa *Melisande*, nombre de mujer extraído de un poema de Heinrich Heine que resalta la belleza de una condesa ca-

sada con un cruzado, constituye uno de los tres ejes sobre los que asienta su estructura la novela de Halkin. No es una obra de gran ambición que ni de lejos se propone cambiar el mundo. A lo sumo puede resucitar en la conciencia de algún lector la eterna y absurda cuestión de para qué sirve la literatura. De ser así, la respuesta está en la propia lectura: procura placer al mismo tiempo que da pie a nuevos interrogantes y lleva a reflexionar sin la más mínima certeza de dar en el clavo.

Una carta de amor

En principio *¡Melisande! ¿Qué son los sueños?* hilvana una historia de amor, eterna como la humanidad, encuadrada en la América de los cincuenta. La relata en segunda

Este relato intenso y bello merece ser disfrutado a fondo, con la sensibilidad y la inteligencia

persona: Hoo, doctorado en clásicas, experto en neoplatonismo, profesor del departamento de Humanidades de la Universidad de Illinois, dirigida a Melisande, Mellie, la hermosa chica -a la que vemos en transparencia- que no quiso compartir con su amigo Ricky cuando los tres confeccionaban *Helicón*, la revista del último

año del instituto, y luego se convirtió en su esposa. Así pues, viene a ser una carta de amor -hubiera podido ser escrita por el maestro Philip Roth de *Pastoral americana*- que despliega su transversalidad de la juventud a la madurez, aunque por supuesto no lo cuenta todo, hace buen uso de los tiempos muertos, contrasta el romanticismo con la erosión de la vida matrimonial, inserta el amor mediatizado por las tiranías de la vida moderna en la tradición griega y romana, presta oídos a la llamada de la transgresión, chapotea en el inagotable sentimiento de culpa -no se olvide la condición judía del autor-, acata la dura penitencia, busca la redención, sueña con la vitalidad de aquel viejo amor humillado y vierte su esperanza en el poder revulsivo de la escritura.

Con franqueza, es un relato vivencial para disfrutarlo a fondo, en particular implicando la sensibilidad y la inteligencia. Halkin reclama que compartamos la historia. Eso supone tratar de entender la formidable complejidad de su armazón, los oscuros resortes de los personajes, por qué de pronto, en el capítulo cinco, dedica veinte páginas a escenificar cierto episodio bíblico, y en el nueve y diez, penúltimo y último, alcanza tal clima narrativo con una intensidad, una altura, una demudada belleza que provocan en uno la sensación de vivir -o haber vivido- en propia entraña, en un lugar y tiempo real, lo que Hillel Halkin cuenta con el sello de la ficción, como si fuese un algo soñado. Con el hechizo de un consumado urdidor de quimeras.

Al cerrar el libro casi no importa saber quién es o no es el llamado Hillel Halkin. Creo que su sorprendente relato de soledades, incluido el extraño título, basta para explicar, -¿quién lo duda?-, que se trata de un modesto pero estupendo novelista. O así me lo parece. |